

# CLOENDA

Esteban Martínez

## EL TAZÓN

En el cuenco se deshilachaba la noche  
 con la misma mansedumbre que en mis ojos.  
 Tenía yo entonces los años de la angustia  
 y un invierno incalculable en frente.  
 Sobre el hule un desayuno proustiano  
 -aunque entonces no lo sabía-  
 pero sí, de eso estaba seguro, un tiempo  
 que debía perderse sin remordimientos.  
 En el cuenco, la pócima del valiente:  
 el alma que, con un soplo para entibiar la leche,  
 dejaba mi madre sobre un mar de nata.

## CAMIÓN

¿Qué leyes actúan en este raro mecanismo  
 de la memoria? ¿Cómo se explica que recuerde  
 aquel camioncito con las bombonas de butano  
 o el otro camión a cuyo remolque me subía  
 y, temerario, tomaba la calle del monasterio  
 -empinada desde la plaza como para llegar a Dios-  
 y no recuerde, en cambio, un beso de consuelo  
 o el tacto de las manos de mi padre?  
 ¿A qué extraña razón responde esta impostura?  
 ¿Será que en esto de recordar, o de olvidar,  
 lo más importante es la invención  
 y la invención nunca fue justa?  
 Hijos, cuando en unos años me inventéis de nuevo  
 recordad que vuestro padre fue feliz, a veces,  
 y sobre un inolvidable camión de plástico  
 aprendió que la pendiente tiene dos alturas:  
 la vida y el vértigo, arriba; la memoria escasa, abajo.

## BARREÑO

El agua contenía las brasas  
 de un sol que languidecía en la azotea.  
 ¿Habéis visto esas felices llamaradas  
 que destellan dentro de un barreño  
 de latón cuando entra el pie primero  
 y luego toda la algarabía  
 de un cuerpo-niño y de una risa?  
 Era aquel recipiente de agua soleada  
 exquisito paisaje de lagos y de ríos.  
 Después -perdida la inocencia- descubrimos  
 que en todos los viajes, próximos o remotos,  
 cualquier geografía sería sólo un sucedáneo.

## JAULA

No habíamos sido previsores  
 y la jaula vacía, bateada por el viento,  
 fue una primera imagen de la culpa.  
 No duró mucho. Después vinieron otras.  
 El pájaro verde había huido ¡Ingrato!  
 El amor de nuestras manos, ¿para quién sería?  
 ¿Para quién desmenuzaríamos el pan  
 y rebanaríamos la fruta?  
 Fue entonces cuando supimos que la orfandad  
 de la ilusión es episódica  
 porque descubrimos pronto que las cinturas  
 de las niñas estaban llenas de alborotados pájaros  
 y que nuestros dedos buscarían sus arrullos.

